

LA NOVELA FILM

N.º 61

30 cts.



LOS PARAISOS ARTIFICIALES

La Novela Film



Imp. Yda. de J. Benjuán Vlla.
Urgel, 7.-BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 61

LOS PARAISOS

ARTIFICIALES

SUGESTIVA PRODUCCIÓN, INTERPRETADA
POR LOS AFAMADOS ARTISTAS

IVAN MOSJOUKINE
NATALIA LISSENKO



EXCLUSIVA DE
H. CHOIMET
ARIBAU, 37
BARCELONA

Prohibida la
reproducción



Los Paraísos Artificiales

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En el marco severo del parlamento de Londres, era como una representación del vicio refinado, el diputado conservador lord Alberto Chilcott, para quien las drogas venenosas, los "paraísos artificiales" cantados por Baudelaire, constituían la suprema razón de vivir.

Elena, su esposa, era la primera víctima de aquella incurable y para ella, como para todas, desconocida pasión del aristócrata.

Lord Wilmer, padre de Elena, dirigía con mano firme el partido al cual pertenecía su yerno, de cuyo talento estaba orgulloso, pues sus discursos en la cámara se contaban por éxitos ruidosos de gran político.

Pero, de un tiempo a aquella parte, lord

Alberto no era ni la sombra de lo que había sido.

Nadie se explicaba la metamorfosis operada en él, y sus colegas del Congreso emitían acerca de su cambio las más diversas opiniones, sin que ninguno acertase a dar en el clavo.

Lord Wilmer, hablando de él con algunos preeminentes miembros del partido, no pudo menos de rendirse a la evidencia.

Enfrente a mi futuro yerno cada día más decaído, como si fuese víctima de una enfermedad. Si sigue así, me temo que su próximo discurso será un fracaso.

Y los extraños de la familia convenían en ello, perdiéndose en un mar de conjeturas.

Varias veces, tanto su mujer como su suegro estuvieron a punto de hablarle claro para saber la verdad, para buscar, entre todos, el remedio; mas nunca se decidieron por temor a enojarle si se trataba, como podía muy bien ser, de una dolencia absolutamente moral.

El secreto estaba en ocultar de todos las cajitas y los tubos de tóxicos que, dándole vida artificial, mataban su vida propia lentamente destruyendo su sistema nervioso.

Cuando se sentía más necesitado de distracción, de reposo, lord Chilcott buscaba el sedante de su *firt*, la encantadora Gladys Astrop.

Sin embargo, llegó un día que hasta su ca-

riñosa e interesada amiga llegó a hastiarle en sus momentos críticos.

—Amiga mía—le dijo—, me encuentro hoy extremadamente agitado y apenas puedo hilvanar dos palabras. Mañana reanudaremos nuestra conversación.



Sin embargo, llegó día que hasta su cariñosa e interesada amiga llegó a hastiarle...

—Por Dios, lord Chilcott, no se marche usted así. Espere. No me haga el feo de rechazar una taza de té y unas pastas, que mi doncella trae en este momento.

—No tengo humor para nada, Gladys, créame usted...

— ¡Ni para soportar mi charla, lord!... Vámonos, quédese un poco más. Ya verá... ya verá... Pero ¿qué veo? Otra vez han olvidado poner en la bandeja sus pastas secas favoritas. Voy corriendo a buscarlas.

Aprovechando la ausencia de Gladys, lord Chilcott tomóse ávidamente otra dosis de cocaína, y escapóse por una puerta secreta, para respirar en la calle a sus anchas.

A los pocos pasos, llamó a un guardia que hacía su ronda.

— Oiga, haga el favor. Un coche. Quiero un coche.

El guardia tocó un pito—señal convenida para avisar a los cocheros—; y como ninguno apareció, volvió al lado del lord, y le dijo:

— La niebla se va haciendo cada vez más espesa, y por eso no circulan ya los coches. Lamento no haberle podido ser útil, señor.

Lord Chilcott, molesto por la desagradable obligación de darse un largo paseo, echó a andar camino de su casa, y en una calle estrecha y no muy alumbrada, se tropezó con un hombre de aspecto bohemio.

— Perdona... — se disculpó el aristócrata—. ¿Quiero usted tener la amabilidad de darme un fósforo?

El desconocido sacó de uno de sus agujereados bolsillos una caja de cerillas, y dió lumbré al lord.

El reflejo de la luz en el rostro del que parecía artista, permitió al cocainómano verse como en un espejo.

— ¿Qué le pasa a usted? — preguntó el bohemio al verle retroceder asombrado.

— ¡Qué parecido tan extraordinario entre nosotros! ¡Si parece imposible! — exclamó el lord.

El desconocido miró fijamente al aristócrata y, a su vez, opinó:

— En efecto; parece imposible que un pobrecito como yo sea el retrato de un millonario, como debe ser usted.

— Esto parece una visión irreal — prosiguió el lord —. Tengo que tocarle para convencerme de que es usted de carne y hueso... de que no es una visión producida por la excitación de mis nervios...

— ¡Basta ya, señor! ¿Qué tengo yo que ver con sus nervios?

— Permítame que le dé mi tarjeta... y que le pida la suya. Si en algo le soy útil...

— Lo mismo digo, señor.

De regreso en su casa, encerrábase lord Chilcott en su gabinete de trabajo y por unos momentos se entregaba en cuerpo y alma al amargo placer de los paraísos artificiales.

Y bajo la influencia de la droga, el hombre político se convirtió por breve tiempo en el hombre estudioso y trabajador de antaño,

Mas los efectos del tóxico eran cada vez menos duraderos, y la postración que seguía pagaba con creces la clarividencia de un instante.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, después de una noche agitada, poblada de pesadillas, Lord Chilcott volvía a la realidad de



Al día siguiente, a las diez de la mañana, después de una noche agitada, poblada de pesadillas...

la vida gracias al celo que su criado empleaba en llamarle.

—Ya son más de las diez, señor. ¿Quiere desayunarse el señor?

—Bien. Deje eso ahí... y váyase. Me vestiré solo.

Todavía bajo la garra de los sueños, el enfermo se incorporaba en el lecho y libertaba su cerebro por los senderos de la divagación.

A aquella misma hora, Elena desahogaba



...y libertaba su cerebro por los senderos de la divagación.

con su padre un poco de la amargura que llenaba su corazón.

—Yo ya no sé qué hacer, papá, para que mi marido vuelva a ser el hombre distinguido y galante de antes. Ahora, de unos meses acá,

le encuentran braseo, meditabundo, y, a veces, grosero.

—Algo he notado también yo en él, y creo que no es cosa de desesperarse. Se trata de una dolencia muy rara. Tienes que poner algo de tu parte, Elena. Si te lo propones, tu esposo



...y una vez más se convenció Elena de su impotencia para luchar contra la extraña nerviosidad de lord Chilcott.

volverá a trabajar y a recuperar su personalidad de antes.

Siguiendo el consejo de su padre, Elena, a la hora de la comida, procuró penetrar en el fondo de su marido, para conocer el origen

de su variación, y una vez más se convenció Elena de su impotencia para luchar contra la extraña nerviosidad de lord Chilcott.

Herida en su amor propio por la indiferencia con que él la trataba, Elena se rebeló, reprochándole su falta de cariño y el incumplimiento de sus deberes.

—¡Siempre lo mismo! ¡Deberes, consideraciones, virtudes! ¡Oh, qué ridículas y qué fastidiosas son estas palabras! —exclamó lord Alberto.

Y Elena, en el paroxismo de la desesperación, retiróse a sus habitaciones para llorar.



Pasaron los días.

Lord Chilcott iba de mal en peor, y su ausencia, cada vez más insistente, a las sesiones parlamentarias, era objeto de censura por partidarios y extraños.

La que más lograba retenerle a su lado, era Gladys, la astuta amigueta, que, en sus ratos de ocio, o sea todo el día, se ocupaba en todo

lo que fuera misterioso. Su última pasión consistía en aprender a leer el porvenir de las personas en una bola de cristal. Cuestión de "instruirse" para destacar en las reuniones en que tenía entrada.

Un día hubo una sesión memorable en el Parlamento de Londres, y a ella, como no podía menos de suceder, no faltó lord Chilcott.

El diputado del partido opuesto al del conservador, hizo uso de la palabra en términos elocuentes y de guerra contra los conservadores, aludiendo a lord Chilcott.

...A pesar de las palabras pronunciadas el otro día por lord Chilcott, nuestro partido, como un solo hombre, votará contra la proposición del diputado conservador.

Los partidarios del vicioso confiaban en la sabia réplica que él sabría dar a su enemigo, mas vieron defraudadas sus esperanzas ante la disculpa que lord Chilcott presentó.

No puedo hablar...; no me encuentro bien.

En el auditorio público, que rebosaba de expectadores, se encontraban Gladys y Elena, que se conocían sin tratarse demasiado, acaso porque la esposa del diputado sospechaba de las buenas relaciones de la aventurera y su marido.

—¡Qué lástima, Elena! ¡Yo que venía pensando en el discurso de su esposo!—dijo con sorna Gladys a Elena.

—Es una verdadera lástima, en efecto. Alberto no está bien... Su semblante lo dice sin disimulo.

Y se separaron las dos rivales, fingiéndose amigas.

Desde su último fracaso en el Parlamento, lord Chilcott, dominado en absoluto por su funesta pasión, no paró hasta dar con su "sombra", el hohemio que conoció una noche en la calle.

La visita del hombre rico causó extrañeza al necesitado, y así hablaron:

—¿Quiere usted escucharme unos momentos, señor Loder? Tengo que hacerle una proposición.

—Siéntese usted, y diga lo que sea.

—Bien. Mis nervios necesitan reposo absoluto. Mi proposición es que ocupe usted mi puesto en el mundo.

—¿Cómo, cómo?

—Que sea usted lord Chilcott, sí. La extraordinaria semejanza que existe entre nosotros, le permitirá interpretar a la perfección su papel, sin que nadie note la suplantación.

—¡Pero esa proposición es absurda, señor! ¿Cree usted tan fácil convenir a sus amigos... y sobre todo a su mujer?

—Aunque enemistados, Elena me ama, sí... pero tampoco ella notará el cambio. ¡Ah! ¡Tie-

¿ne usted una cicatriz en la mano? ¿De qué proviene?

—De nada de que me pueda arrepentir, señor. Déjeme que le cuente su historia. Hace unos tres años, viajando por Suecia, tuve ocasión de salvar de un accidente a una dama inglesa, pero resulté herido en esta mano. Durante aquel invierno, volví a ver muchas veces a la dama en cuestión, pero en todos nuestros encuentros calló cuidadosamente su nombre.

—Buena. Eso no tiene importancia, porque la cicatriz no es muy visible. Para ocultarla bastará con llevar sortijas.

—Eso es.

Media hora más tarde, Juan Leder, sugestionado por los atractivos de una vida brillante, había aceptado la proposición de lord Chilcott.

Al marcharse éste, aquél le recordó que no se olvidase de las sortijas... así como de mandarle algunas fotografías de sus amigos más íntimos y de Elena.

Lord Chilcott cumplió lo prometido, y al cabo de varias entrevistas, Leder había conseguido asimilarse algo del carácter del aristócrata.

Como la vida en su casa, viendo sufrir a Elena, le era cada día más difícil, lord Chilcott esperaba con impaciencia que se alzase el

telón, para dar comienzo la comedia que había imaginado.

Su suegro le había dicho:

—¿Cómo van esos nervios, Alberto? ¿Estás mejor?

—He encontrado un remedio y confío que con él seré hombre nuevo—le contestara él, pensando en su otro yo.

Pocos días después, Leder estaba completamente convertido en lord Chilcott.

—Perfectamente. Yo me quedaré aquí por ahora, y cuando desee que la farsa termine, le avisaré—dijo el vicioso en casa del bohemio, convencido de que éste le substituiría en el mundo sin llamar la atención.

Y así, entró en la casa el nuevo lord Chilcott, que iba a llevar a aquellas adustas habitaciones algo de la alegría y de la fuerza vital recogidas en la calle.

El trato que de buenas a primeras empezó con la servidumbre, era presagio de un cambio radical en las rígidas costumbres del hogar.

Lo que más sorprendió a los criados, fué que el señor se interesara por la señora, que se encontraba, en aquel momento, de paseo.

* * *

Elena, de regreso, supo que su marido estaba en la casa, mas no quiso verle, no dejando de extrañarle, sin embargo, que hubiese preguntado por ella.

En tanto, el seudo lord Chilcott (como así llamaremos en adelante a Loder) se hallaba en el despacho del verdadero, repasando con verdadera afición unos papeles que le sometía a la firma su secretario Garnier.

Nunca el citado secretario había visto a su principal de tan excelente humor, y había que ver el gusto con que el joven trabajaba.

Necesitando estar solo para inspeccionarlo todo sin infundir sospechas, el seudo lord se libró de la presencia de Garnier de muy buena manera. Júzguese si no.

Puede marcharse, Garnier. Hace un tiempo espléndido y hoy no lo necesito.

Después, Elena, decidida por su deseo de vencer la indiferencia de su marido, entró en el despacho.

—¿Molesto?

Ni que decir tiene que el seudo lord tomó sus precauciones para no incurrir en el más

leve tropiezo. De buena gana habría estrechado entre sus brazos a aquella hermosa mujer, mas sabía perfectamente que eso no lo hacía el verdadero lord. ¡Lástima!

—¿Molesto? —preguntó Elena, mimosa.

—No; al contrario, pasa...

—¿Qué, tienes inspiración, Alberto?

—Sí, no estoy mal hoy de ella.

—No voy a estorbarte mucho. He venido a decirte que acabo de recibir una invitación para la fiesta de Gladys Astor. ¿Quieres que la aceptemos?

—Si ella te complace... aceptémosla.

Claro que Elena hubiese preferido que su "marido" le aconsejara que no aceptase esa invitación, que al fin y al cabo era de una mujer en cuya conducta no tenía ella puesta su confianza... pero le cedió el derecho de tomar una decisión en aquel caso, con tal corrección, que no titubeó en prometerse asistir a esa fiesta.

Al marcharse Elena del gabinete de trabajo, el seudo lord opinó para sus adentros:

—¡Vaya una linda mujer!

A la mañana siguiente, algo inusitado en las costumbres de su señor sorprendió al imponente criado de la casa, encargado de despertarle a las diez.

La cosa no era para menos: el señor se había levantado antes de esa hora, y ya hacía

rato que trabajaba activamente en su despacho.

—¿Da permiso el señor?

—Adelante, adelante. ¡Ah! ¿Es el desayuno? Bravo. Déjalo aquí mismo, encima de la mesa. Aparta esos papeles. Muy bien.

—El señor me perdonará. Yo no sabía que hoy...

—Nada tienes que reprocharle, Francisco. En adelante, no me llames más. Ya me levantaré yo sola.

A las órdenes del señor.

—¿Es que le choca que esté de buen humor, Francisco?

—No, no, señor... Usted está siempre de buen humor.

—Unos días más que otros. ¿no? Bueno, llévate todo eso... y déjame trabajar.

Entretanto, allá, en el cuartito humilde de Juan Loder, el verdadero lord Chilcott entablaba relaciones con las tinucias de la vida diaria, y en la soledad de su nueva vida podía entregarse sin trabas a su pasión favorita.

Y el seudo lord, habiéndole tomado gran cariño a su nuevo papel en la farsa de la vida, asistía regularmente, bajo su perfecto disfraz, a las sesiones parlamentarias, para tomar lecciones de política.

Lord Wilmer daba cuenta de los progresos que observaba cada día en la conducta ante-

riormente extraña de Alberto, a su hija Elena, por teléfono cuando no podía ir a visitarla.

—¿Usted cree, papá, que volverá a ser el mismo de antes? — preguntóle ansiosamente, cierta vez, Elena.



—¿Usted cree, papá, que volverá a ser el mismo de antes?

Sí, hija mía; estoy persuadido de ello. Y ya verás cómo tú también lo notas.

Un día, asígo en la vida de Elena, se recibió en la casa el siguiente parte:

Mamá murió anoche repentinamente.

Tu padre.

La difunta pasaba una temporada en un balneario, y se enfermó rápidamente, pudiendo apenas llegar a tiempo su esposa, lord Wilmer, al marchar tan pronto tuvo noticia de la enfermedad de su esposa.

Elena vertió muchas lágrimas, y cuando llegó el seudo lord Chilcott, hubiese querido poder vaciar su amargura sintiéndose consolada en sus brazos.

—¿Qué tienes, Elena? ¿Qué motiva tu pena?

—¡Ha muerto mi madre! ¿Qué sola estoy en el mundo!

—Sola, no, Elena. Aun me tienes a mí...

Y puso tal acento en sus palabras el seudo lord, que Elena, aunque presa aun de ciertos recelos, dejóse mecer por la ilusión de subirse querida... y apoyó su linda cabeza en el pecho de su "marido".

Los días siguientes llevaron al dolor de Elena el consuelo de haber reconquistado el corazón de Alberto, a quien, verdaderamente entusiasmada, llegó a decirle:

—No puedes imaginarte mi alegría al verte curado. Después de tres años de frialdad y alejamiento, esta vida de ahora me parece como el despertar de una pesadilla.

—Tú mereces ser muy feliz, amor mío, y debes serlo.

—¡Oh, sí, sí!

Pero he aquí que, cuando el seudo lord con-

quistaba el corazón de Elena, el verdadero le mandó llamar.

Al tiempo que el seudo lord recibió el aviso del verdadero de que fuera a su casa aquella noche, Elena, yendo a buscar una caja de puros al despacho de su "marido", descubría, abriendo una caja a la que no había tocado aún el seudo lord, la causa de su pasada conducta, encontrando las drogas venenosas que almacenaba el verdadero lord.

Disgustadísima, Elena llevó a su "esposo" al despacho, y allí, mirándole con ternura y reproche a un mismo tiempo, le dijo:

—¿Por qué haces eso? ¿No comprendes que lo he descubierta... todo?

El seudo lord se revistió de energía para salvar la situación, pensando que lo que Elena había descubierto no era más que su suplantación.

Mas al saber el por qué del enfado de su "mujer", el seudo lord negó rotundamente que se entregase al vicio de los tóxicos.

—¡No, es mentira! ¿Tú crees que yo...?

—¡Alberto, por mí, por lo que más quieras, abandona ese vicio horrible! ¿Te lo pido de rodillas!

El seudo lord aprisionó contra su pecho a su "mujer" y la hubiera besado con toda su alma a no haber recordado en aquel instante, que él no era quién tenía derecho a ello.

* * *

La entrevista que celebraron aquella noche el seudo y el verdadero lord Chilcott, dió como resultado el regreso a su casa del segundo, o sea el real.

Una esperanza había en el verdadero esposo de Elena: la de sentir renacer su vida al contacto de los recuerdos familiares.

Y, de nuevo, en la casa entró el extraño señor, perdiéndose en cavilaciones todo el mundo.

Garnier no pudo menos de preguntarle si estaba enfermo, recibiendo una respuesta muy poco agradable.

Luego, Elena, alejándose a su verdadero marido en el despacho, volvió a verle como antes, hurao y braseo.

—¿Te molesto, Alberto?—le dijo ella con cariño.

—Perdona, pero en estos momentos tengo que hacer algo más importante que atenderte respondiéndote el sin miramiento alguno.

Más tarde, Gladys Astrop, con el pretexto de hablar de una fiesta de beneficencia en los

salones de la distinguida lady Banfield, se presentó en casa de lord Chilcott, y un momento en que quedaron a solas la aventurera y el lord, ella le reprochó el olvido en que la tenía.

—Tiene usted abandonadas por completo a sus antiguas amistades, Alberto.

—Mañana iré.

—Así me gusta. Abráceme.

Y fué fatal. Elena vió— fingiendo lo contrario— que su esposo y Gladys eran más amigos de la cuenta.

Naturalmente, Elena despreció a su marido como nunca, corrándole lo más posible el menor trato mientras no cambiase de conducta en absoluto.

Así pasaron unos días, al cabo de los cuales, aburrido de todo lo de la vida, y sin más deseo que el veneno que le hacía vivir artificialmente, el verdadero lord volvió a casa del seudo lord, y, desalentado, le rogó que volviese a ocupar su lugar... para siempre.

Loder se resistió un algo, por temor a que el acostumbrarse al lujo y su enamoramiento de Elena le hiciera cometer una locura si el verdadero lord se presentaba, algún día, para devolverle a la miseria.

Lord Alberto prometió no volver más al mundo, y así, volvió Loder a ser lord Chilcott.

Y el seudo lord hubo de recorrer de nuevo

el camino de la conquista de Elena, con quien tan injustamente se había portado su verdadero marido.

La noche de la fiesta en casa de lady Banfield, el seudo lord se ofreció a ponerle la capa a su "esposa", rechazándole ésta la fineza con este reproche:

—No te molestes. Mi doncella me ayudará. *Tú tienes cosas más interesantes que hacer.*

—Permíteme que insista en ser yo quien te ayude. Encuentro placer en ello.

Discreta, Elena se calló delante de los criados, para no dar que hablar, y resignóse a que el seudo lord se saliera con su deseo.

A poca, en los salones de lady Banfield, en los que se hallaba reunido lo mejor de la sociedad londinense, corrió la voz de que Gladys Astrop adivinaba el porvenir de la gente, leyéndolo en una bola.

Elena, para demostrar a su "marido" su desdén, le abandonó cuanto pudo, no bailando con él un solo baile.

Pronto comprendió el seudo lord que el regreso del verdadero esposo no debía ser ajeno a la frialdad de que Elena hacía abarbe, y procuró atraerla.

—¿Quieres venir a tomar una copa de champagne, Elena?—le propuso, a presencia de varios caballeros,

—No, gracias. No tengo sed—contestó Elena, aceptando bailar con un duque.

Apartóse a un lado el seudo lord, dolorido por el desprecio de Elena, y allí fué a decirle un amigo:

—¿No ha oído usted las adivinaciones de



Permíteme que insista en ser yo quien te ayude. Encuentro placer en ello.

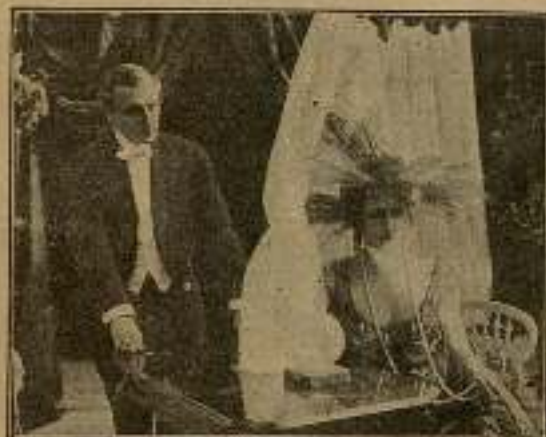
lady Astrop? ¡Ah! Pues vaya usted, que dice cosas asombrosas.

Por complacer al amigo, y por curiosidad, el seudo lord fué al encuentro de la pitonisa, que se ocultaba del consultante, tras una cortina blanca.

—Señorita, yo deseo que usted lea mi porvenir—dijo el seudo lord sin dejarse ver.

—¿Quiere usted tener la bondad de quitarse las sortijas? le rogó lady Astrop.

El timbre de voz de la adivinadora ecoó en el seudo lord su viaje a Suecia tres años atrás;



Señorita, yo deseo que usted lea mi porvenir.

y al mismo tiempo, las electricas del fingido lord Chilcost le hacían a Gladys recordar su pasado.

Y uno y otro se levantaron, para huir el seudo lord, y para encontrar a su antiguo amor ella.

El seudo lord se reunió con su esposa, y Gladys fué a buscarle, para decirle:

Entre los invitados debe haber un hombre parecido a usted, pero con barba. Venga usted... lo buscaremos entre los dos.

A lo que el seudo lord, el Loder de antaño, pero sin barba como le conoció Gladys, contestó a la aventurera, renunciando para siempre a ella para dedicarse a la conquista del amor de Elena, su único amor:

—Perdón, señora... pero estoy acompañando a mi esposa, y no me parece correcto dejarla sola.

Gladys, con el pensamiento fijo en encontrar al hombre de la barba, dejó solos a los enamorados, no sin decirse a sí misma que el chasco había sido de pronóstico.

Frente a frente, feliz como nunca por haberse dignificado, a sus ojos, despreciando a Gladys, Elena cogió a su marido del brazo, aceptando que la llevase a beber la copa de champaña que le ofreciera antes.

Y al beber el espumoso vino, brindaron por su amor...

Y llegó el día en que el seudo lord, suficientemente preparado, debía hablar en el Parlamento, y lo hizo con gran elocuencia.

—Por lo tanto, señores, no sólo en nombre de mi partido, sino en nombre de la Humanidad, pido que sea aceptado un proyecto de

ley que tantos sacrificios ahorrará a la Patria.

Y, tras breve deliberación, triunfó el proyecto de ley.

A su vez, Elena, en el auditorio público, dijo a Gladys, mientras el sando lord era objeto



Y al beber el espumoso vino, brindaron por su amor.

de calurosas felicitaciones:

—¿Qué le ha parecido hoy mi marido?

—Es un portento, señora...

—¿Verdad que sí?

Lord Wiimer volvía a reconocer a su yerno,

no, después de haber perdido casi las esperanzas de su rehabilitación.

Y, los diputados, lo mismo felicitaban al suegro que al yerno. Ambos eran, indiscutiblemente, los que llevaban las riendas del partido conservador.



—...Por lo tanto, señores, no sólo en nombre de mi partido, sino en nombre de la Humanidad...

Un poco después, regresando, Elena y el sando lord, en "auto", hacia su casa, él le confesó su gran pasión:

—Elena, te amo con toda mi alma...

Y casi al mismo tiempo detúvose bruscamente el coche.

—¿Qué sucede?—inquirió el seudo lord.

—Que estaba a punto de atropellar a un pobre hombre—respondió el "chauffeur".

El seudo lord miró a un lado del coche, y vió, en triste contemplación, al verdadero lord, convertido en un mendigo de repugnante aspecto.

—¿Qué tienes, Alberto?—preguntó a su falso marido Elena, al advertir la emoción que le produjo la visión del desgraciado viejo.

—Nada... no ha pasado nada. Un vagabundo que se ha cruzado en nuestro camino... y me ha inspirado mucha lástima.

Un pensamiento cruel torturaba al seudo lord: el amor de Elena, su reciente éxito parlamentario, todo lo que debía a su propio esfuerzo, pertenecía a otro hombre.

Y Elena, dichosa por vez primera en su vida, le decía:

—Alberto, no puedes imaginarte cuánto te agradezco la felicidad que me has dado en estos últimos meses. Ven. Deja la política, los telegramas, toda. Quiero que vivas sólo para mí.

Como cosa convenida por el destino, el seudo



...Ven... *Deja la política, los telegramas, todo... Quiero que vivas sólo para mí.*

lord recibió en aquel instante la siguiente noticia del verdadero lord.

Le espero hoy mismo, cuanto antes mejor. El telón va a caer sobre nuestra comedia.

Y, caballero, Loder dijo a Elena, en tan crítico momento:

— ¡Hay una persona en cuyas manos está nuestra felicidad... y esto no puede seguir así! ¡Vamos ahora mismo a su casa!

— ¿Por qué, Alberto?

— Porque te amo como no ha amado nunca, y quiero que seas mía *por mí mismo*.

— Vamos, pues.

Se supone con cuanta angustia dió Loder aquel paso.

Lord Chilcott gemía en un camastro, esperando a su otro Yo.

Se le presentó Elena, empujada a él por Loder.

Emoción.

— ¡Eh! ¿Quién es este hombre?

— ¡Elena! ¿Tú aquí?

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

— Yo soy tu marido, Elena.

— Tú, Alberto, y en este estado? ¡Y ese hombre, ese vil impostor que no se atreve a presentarse aquí?

— Escúchame, Elena... —rogó el enfermo—. No le censures sin saber. Yo misma rogué a ese hombre que ocupase mi sitio en la vida... que fuese mi otro Yo... Sólo para los fuertes es el triunfo... Yo estoy vencido. Acabo de tomar una dosis de morfina, que me preparará el descanso...

Aquí llegó Loder a presencia del matrimonio infeliz.

Al verle, lord Chilcott le dijo:

— Viene usted a tiempo, Loder. Hágale feliz...

V, a poco, el pobre hombre dejó de existir.

Elena no sabía qué partido tomar.

Por una parte, deseaba seguir el consejo de su difunto esposo; y por otra parte, el hecho de haber aceptado Loder otra personalidad, le repugnaba.

Además, por encima de todo había el hecho admirable del respeto que Loder, por amar indiscutiblemente, le había guardado en todo momento, y también su nobleza de no querer abusar de su situación, después del triunfo parlamentario, antes de arreglar el asunto con el verdadero esposo.

Todo eso era muy complejo, pero la honradez de Loder brillaba espléndidamente.

En tan difícil trance, llegó el padre de Elena a anunciar a su sordo yerno esta gran noticia:

Ha sobrevenido una crisis ministerial, y he sido encargado por el Rey de formar nuevo Gabinete. Ahora, hazme el favor de leer esto.

Loder pasó sus ojos por un documento así redactado:

...y teniendo en cuenta los méritos de lord Chilcott y su acendrado entusiasmo por la

ideología del partido conservador, se la ofrece la cartera de Fomento.

— ¡Oh, gracias! — exclamó Tader.

Mas, corrigiéndose bruscamente, rechazó ese honor.

— ¡No acepto!

— ¿Qué dices? ¿Es posible?

— Mi contestación depende de Elena. Si ella me cree digno de ocupar ese alto cargo, aceptaré sin vacilar.

Y el amor, imponiendo al fin su derecho a la vida, hizo que Elena abriese sin prevención su alma a su "marido", y asegurase así, para ambos, la felicidad para el resto de su vida.

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO
LA MONUMENTAL PRODUCCIÓN

LA CRUZ DE LA HUMANIDAD

Historia de la guerra con detalle de todos sus horrores

POSTAL REGALO
MAY MAC AVOY

40 Páginas 10 Fotografías
PRECIO 30 CTS.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España todos los martes.

Colecciones completas y números sueltos atraxados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S.A. Barcarr, 16 - BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España

NÚMEROS PUBLICADOS

Núm. 1. Los Guapos o Gente brava.—2. Los dos ricos.—3. Vanidad Femenina.—4. Los cuatro buques del apocalipsis.—5. Las esposas de los hombres ricos.—6. Daring, El Negro.—7. En poder del enemigo.—8. El escorpión.—9. Corazón triunfante.—10. Por la puerta de servicio.—11. Murmuración.—12. El ladronismo.—13. Cómo aman las mujeres.—14. La fuga de la novia.—15. Por salvar a su madre.—16. Juguetes del destino.—17. El viejo pendiente.—18. Los Miserables (Especial).—19. De florista a millonaria.—20. El Crimen del Milletier (Especial).—21. La coqueta irresistible.—22. El secreto profesional.—23. De casa a la muerte.—24. Valiente (una de ellas).—25. El canto del amor triunfante.—26. El Detective.—27. El marino del vivir.—28. Odetta (Ex-prosa).—29. Al borde del abismo.—30. El milagro de Lourdes.—31. El caballo de ucras.—32. Su Señor y dueño.—33. La Madrecita.—34. La Pimpinella Escarlata.—35. Corrión de ciudad.—36. La Novia de una estrella de cine.—37. La Hada de Homero (Especial).—38. Soy inocente.—39. La Alegría del halcón.—40. La papeleta de empuje.—41. El eterno Don Juan.—42. Los mártires del arroyo.—43. Fanny, la virgen romántica.—44. El Pro Paciencia.—45. Locura, imprudencia y Abandono.—46. La edad de la ambición.—47. La aventura del velo.—48. Almas divorciadas.—49. Tacita de amor.—50. Por orden de la Bombadiera.—51. La destrucción de París (Especial).—52. ¿No más Mujeres?—53. Un hombre de ideas.—54. La última carrera.—55. Un sobo original.—56. El amigo de S. S. Mark.—57. Una reporter modelo.—58. Un marido de ocasión.—59. Los escavadores del infierno.—60. Lecciones de la vida.—61. Los Paraisos Artificiales.

POSTALES REGALO

Núm. 1. El joven Medardus.—2. El Prisionero de Zenda.—3. La Batalla.—4. Los enemigos de la mujer.—5. Violetas Impetuosas.—6. Mary Pickford.—7. Thomas Meighan.—8. Robt. Daniels.—9. Douglas Mac Lean.—10. Ethel Clayton.—11. Charles Ray.—12. Vivian Martin.—13. Roscoe Arbuckle (Patty).—14. Fred Bennett.—15. Wallace Reid.—16. Lucienne Legrand.—17. William S. Hart.—18. Mary Miles Minter.—19. Dustin Farnum.—20. Bessie Love.—21. Ramón Navarro.—22. Mabel Normand.—23. Herbert Rawlinson.—24. Lois Wilson.—25. Antonio Moreno.—26. Pearl White (Pierrot blanco).—27. William Farnum.—28. Dorothy Phillips.—29. George Biscot.—30. Agnes Ayres.—31. Douglas Fairbanks.—32. Constance Talmadge.—33. Rodolfo Valentino.—34. Shirley Mason.—35. J. Warren Kerrigan.—36. Pauline Frederick.—37. Monte Blue.—38. Pola Negri.—39. Jackie Coogan.—40. Mary Carr.—41. Victor Varconi.—42. Lillian Gish.—43. Alberto Capozzi.—44. Eva May.—45. Tom Mix.—46. Gloria Swanson.—47. Harry Carey (Ayres).—48. Geraldine Farrar.—49. Larry Semon (Tommasini).—50. Leatrice Joy.—51. Charles Jones.—52. Irene Castle.—53. Alberto Collo.—54. Regine Darnier.—55. Jack Holt.—56. Norma Talmadge.—57. Reginald Denny.—58. June Caprice.—59. Lila Paranello.—60. Ruth Roland.—61. Tom Moore.

¿Ha comprado usted ya el séptimo volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA DE LA NOVELA FILM

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA?

Último libro de nuestra popular
BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas
Profusión de fotografías—Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre
La Novela de una Obrera
El hijo del mercado

En interés de usted,
lector, le recomen-
damos de nuevo la
adquisición de

LA CANCION
— DE LA —
HUERFANA



